Una crianza especial y equitativa

Laura Evelia Torres Velázquez, Adriana Garrido Garduño,

Adriana Guadalupe Reyes Luna y Patricia Ortega Silva

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

Resumen

Los objetivos de la familia están relacionados tanto con el desarrollo de sus miembros como con el desarrollo de sus relaciones; considerando que existen diferentes factores que intervienen en la manera en que se llevan a cabo las relaciones entre la pareja, con los hijos y en general entre toda la familia. Estos factores abarcan desde la educación de la familia de origen de cada miembro de la pareja, su escolaridad, edad, sexo, ingresos, expectativas y situaciones no esperadas, la no llegada de hijos o hijas, el nacimiento de hijos o hijas con retardo en el desarrollo o bien, alguna enfermedad crónica de algún miembro de la familia. También la manera de concebir la paternidad, la maternidad y los roles de género se verá influenciada por la concepción que se tenga de familia. En el presente artículo se plantan diversos elementos que permiten considerar una crianza para hijos e hijas más igualitaria y equitativa.

Palabras clave: familia, crianza, género.

A special and unbiased raise of children

Abstract

Objectives of a family are related to the development of its members, as well as that of their relationships, considering that there are different factors that intervene in the way the parents relate, the way they relate with their children, and the way all the members relate. These factors go from the education each parent in its own original family, their level of education, age, sex, income, expectations, and unexpected situations; the absence of children, the birth of children with development issues, or some type of chronic disease in a member of the family. Also, the way they perceive fatherhood, motherhood, and each gender roles, will influence the concept of family. In this article, we present diverse elements that will move to consider a more unprejudiced way to raise children.

Key words: family, raising, gender.

Familia: objetivo y funciones.

Los dos grandes objetivos de toda familia, señalados por Estrada (1993) son: 1) resolver las tareas o crisis que va enfrentando la familia en las diferentes etapas de desarrollo, y 2) aportar los complementos a las necesidades de sus miembros, con el objeto de lograr una satisfacción en el presente y una preparación segura y adecuada para el futuro. Así, al constituirse una nueva pareja, se crean expectativas acerca de cómo se llevará a cabo la vida futura en familia, pues se contempla tener hijos e hijas, cuidarlos, atenderlos y lograr una armonía familiar. Sin embargo, diferentes factores intervienen en la manera en que se llevarán a cabo las relaciones entre la pareja, con los hijos y en la familia. Estos factores abarcan desde la educación de la familia de origen de cada miembro de la pareja, su escolaridad, edad, sexo, ingresos, expectativas y situaciones no esperadas, como la no llegada de los hijos e hijas, el nacimiento de hijos o hijas con retardo en el desarrollo o enfermedades crónicas en algún miembro de la familia.

La familia es considerada la institución social básica, dado que ha demostrado históricamente ser el núcleo indispensable para el desarrollo del Ser Humano, ya que éste depende de ella para su supervivencia, crecimiento y desarrollo. Es decir, es el grupo social en donde las relaciones entre sus miembros están mediatizadas por la función educativa, a fin de que los pequeños alcancen plena madurez física y psicológica como personas, dentro de un clima de cariño y apoyo (Palacios y Rodrigo, en Rodrigo y Palacios, 1998). Cabe señalar que la madurez psicológica según Fierro (en Palacios, Marchesi y Coll, 1999) es la “capacidad de vivir (sobrevivir y bien-vivir), capacidad de bienestar y bien-ser en un mundo cambiante y no siempre propicio” (pág. 581).

Palacios y Rodrigo (en Rodrigo y Palacios, 1998) mencionan que la familia es el contexto en donde se forman personas adultas, donde se instruye a enfrentar retos, así como a hacerse cargo de responsabilidades y obligaciones; es una atmósfera de encuentros intergeneracionales y una red de soporte social, realizada por el adulto, para las diversas etapas de desarrollo.

Estos mismos autores señalan que las funciones básicas que la familia cumple en relación con los hijos, a su parecer son:

- 1-Legitimar la supervivencia de los hijos, su crecimiento y socialización.
- 2-Proporcionar a los hijos un clima de afecto y apoyo para su desarrollo.
- 3-Brindar la estimulación necesaria para que sean capaces de relacionarse competentemente.
- 4-Decidir con respecto a la apertura de otros contextos educativos, que coadyuven a la educación de los hijos.

Dentro de la familia podemos encontrar influencias culturales que se manifiestan en las instituciones educativas (escuela, vecindario, medios de comunicación, etc.), ya que estas instituciones transmiten a las generaciones futuras el conocimiento necesario para que los individuos se inserten en los roles que habrán de desempeñar en la sociedad; Aguilar (1990) señala que “las prácticas educativas que adoptamos con nuestros hijos no suelen provenir de análisis informados y profesionales, sino de estrategias que muchas veces se han ido transmitiendo de generación en generación (con algunas adaptaciones a la “época”), y, a pesar de que algunas veces hemos cuestionado diversas formas con las que nos educaron, en el momento de la acción frente a nuestros hijos, solemos traicionarnos y tendemos a hacer lo mismo que hemos aprendido, visto, vivido y criticado cuando fuimos educados” (p. 11).

Palacios y Rodrigo (en Rodrigo y Palacios, 1998) sugieren que ser padre y ser madre significa: Echar a andar un proyecto de educación significativo
Comprometerse en una relación personal y emocional profunda
Asignar contenido al proyecto de educación en todo el periodo de formación de los hijos.

Estos autores indican que la eficacia de la relación de la madre y/o del padre con cada uno de sus hijos o hijas estará determinada por varios factores, intrínsecos y extrínsecos al grupo familiar, relacionados con las características propias de la familia y de sus miembros, como con las particularidades del entorno en donde se desenvuelven.

Ahora bien, uno de los aspectos que entra en el programa educativo de los padres es el papel que juegan socialmente los hombres y las mujeres; en la familia, y posteriormente en la escuela y en la convivencia social, en donde niños y niñas se

enfrentan a una serie de normas de conducta que tienen como eje rector el ser hombre o el ser mujer. Por lo que en la vida cotidiana (marco en el que se producen acontecimientos que nos sellan, por su repetición, más que por un impacto momentáneo, según Palacios, Hidalgo, y Moreno en Rodrigo, y Palacios, 1998), es en donde se va desarrollando la distribución de los roles de los padres, el papel social de hombres y mujeres, y una serie de desigualdades en las apreciaciones y juicios de la conducta de hombres y mujeres, en donde se reproducen estereotipos masculinos y femeninos asociados a lo natural. Podemos argumentar que existe una discriminación sexual, al considerar las actividades propias de cada uno de los sexos, las condiciones en las que se presentan y el valor que se le atribuye, muchas de las veces determinado por el género del actor, es decir, el valor está en función de si se es hombre o mujer, dejando de lado la igualdad que se tiene como persona humana.

Los valores, son elementos que manifiestan un juicio y reflexión de la cultura, y por ello, hombres y mujeres, se ven en la necesidad de sujetarse a estas normas de identificación social, volviéndolas partes “naturales” de sus vidas, pues cada uno de ellos tiene delimitadas sus funciones, lo que se presenta constantemente generación tras generación. Así, vemos que las prácticas femeninas y masculinas se repiten y en la crianza se van reflejando los papeles estereotipados y delimitados para hombres y mujeres; de manera que las relaciones, decisiones y actitudes están determinadas en gran medida por el ambiente cultural y social en el cual las personas se desarrollan.

No consideramos que sea válido atribuir al sexo la discriminación e injusticia que históricamente han venido sufriendo hombres y mujeres, sino que debe ser atribuido a la construcción de normas sociales. Por ejemplo, en el lenguaje encontramos una serie de formas discriminatorias para las mujeres: catalogarlas como señora o señorita (en función de la edad o del estado civil), atribuir a las profesiones formas masculinas (juez, ingeniero, abogado, médico, etc.), sin que los correctores de ortografía acepten la forma femenina, al igual que las oficinas de expedición de títulos profesionales, el que la mujer pierda su apellido materno y adopte el del esposo, el asignar el sustantivo “Hombre” para designar a

toda la especie humana, etc.

También encontramos que en la literatura y en los juegos infantiles se presentan historias de personajes en papeles estereotipados, en donde los hombres van a trabajar, valorando su actividad productiva y las mujeres se quedan en casa cuidando hijos (sin valorar su actividad reproductiva), o bien haciendo quehacer, actividad aún menos valorada. Al respecto Urbina, Riera, Ortega y Gubert (2002), realizaron un estudio sobre el rol de la figura femenina en los videojuegos, encontrando lo siguiente: a) que existen más hombres que mujeres con una diferencia abrumadora, b) que los personajes masculinos aparecen como dominantes y héroes, c) que las figuras femeninas aparecen como sumisas, víctimas o seductoras, y d) que la figura masculina es más predominante en las figuras de las carátulas.

Los autores atribuyen que el acceso de las niñas al medio se vea rezagado, a la falta de productos que las atraigan, propiciando que los niños tengan una relativa ventaja en estas prácticas, deduciendo que los niños tienen más habilidades para los videojuegos que las niñas. Los autores consideran que como los videojuegos no son atractivos para las niñas, no se entrenan en las habilidades propias de ese tipo de juegos. No tienen las habilidades porque no han sido entrenadas en ello, no porque carezcan de capacidad para adquirir esas destrezas o por ser mujeres.

El ser humano aprende a comportarse como hombre o mujer, según el patrón cultural en el que se inserte. Aquí, las creencias, costumbres, valores e ideas transmitidas por medio de la familia juegan un papel de suma importancia, de tal manera que establecen ritmos de funcionamiento para el matrimonio, maternidad, paternidad e incluso la crianza y educación de los hijos (Torres, Salguero y Garrido, 1998). La relación del niño con los adultos que lo cuidan y atienden es correlativa a las formas culturales, siendo ambas conductas interdependientes; aunque el grado en que los padres participan en el cuidado del hijo varía, tanto de una cultura a otra, como dentro de la misma.

Es factible observar la influencia, en las familias actuales, de la cultura transmitida a través de las familias de origen, así como de otros factores, tales como la economía, sociedad y educación, mismas que influyen en la asimilación

o construcción de diferentes papeles sociales genéricos (Torres, Garrido y Reyes, 2000; Rodrigo y Palacios, en Rodrigo y Palacios, 1998). Ahora bien, los adultos de cada familia tienen un papel fundamental en el proceso de socialización, donde todos colaboran, aunque a veces de manera no reflexiva. Ya que muchas de las cosas que nuestros hijos e hijas aprenden de nosotros no siempre son enseñadas intencionalmente, sino que ellos incorporan actitudes y valores que se filtran de lo que decimos, pero sobre todo de lo que hacemos y de la manera en la que lo hacemos.

En cada familia las relaciones de poder, las diferencias sociales, las condiciones de administrar recompensas y castigos, de establecer alianzas y solucionar conflictos toman formas concretas a través de las que los niños y niñas adquieren y elaboran sus respectivas representaciones del mundo, donde aprenden lo bueno y lo malo, lo deseable y lo no esperado, lo autorizado y lo trasgresor. La familia es una organización social básica, que apoyada por otras instituciones sociales, satisface las necesidades fundamentales del niño y lo protege de peligros.

De esta forma, la familia es el grupo social que satisface las necesidades básicas de los niños y las niñas, por sí misma o con ayuda de otras instituciones, que la apoyan cuando tiene dificultades y le permite descansar, sabiendo que dentro de la familia no tiene ninguna batalla que ganar, porque es el lugar por excelencia de la aceptación. Es en el contexto familiar donde se favorecen las interacciones de los adultos con el niño y la niña en diferentes contextos y situaciones, en el que los padres y madres estructuran el entorno educativo familiar, de acuerdo a las ideas evolutivo-educativas que tengan acerca del desarrollo psicológico infantil.

Entonces, para que sus integrantes puedan desarrollarse, la familia podría cumplir las siguientes funciones:

- a) Satisfacer las necesidades de abrigo, alimento y protección física.
- b) Promover los lazos de afecto y de unión social, fundamentalmente para la convivencia con otros seres humanos.
- c) Impulsar el desarrollo de la integridad personal ligada a la identidad personal y familiar y grupo social, lo que permite adquirir integridad y fortaleza para las nuevas experiencias.

d) Fomentar la libre relación de sus miembros y permitir la individualización mediante el respeto y reconocimiento de cada uno de sus integrantes.

e) Permitir que sus miembros participen socialmente para que puedan integrarse a sus roles sociales.

f) Promover el desarrollo y la realización creativa de cada uno de sus miembros.

g) Mantener la unión y la solidaridad en la familia con un sentido de libertad y autonomía respecto de los valores que establece y transmite.

Puede observarse en estos elementos que la familia hace dos cosas principalmente: 1) asegurar la supervivencia física y 2) establecer lo esencialmente humano del ser humano, pero la satisfacción de necesidades biológicas básicas esenciales para sobrevivir, no garantiza de ninguna manera que se desplieguen las cualidades humanas. Estas últimas se desarrollan a partir de la experiencia familiar de estar juntos.

La familia es el primer contexto de aprendizaje de papeles y estereotipos asociados a la identidad sexual que conserva las normas y reglas socialmente establecidas y adquiridas. Esto se transmite desde las expectativas familiares sobre el nacimiento y desarrollo del nuevo ser: los hijos, además de representar la perpetuación del apellido paterno, deberán estudiar una carrera universitaria de prestigio y ejercer una profesión que les dé estatus social; las hijas serán las encargadas de cuidar y constituirse en compañía; será conveniente que estudien una carrera aunque no la ejerzan. En cuanto a la regulación de la conducta, a los varones se les insta a no llorar, a ser fuertes, a no dejarse de otros; a las niñas, en cambio, se les pide cuidar, ser buenas, ayudar en lo doméstico, ser limpias, hermosas y suaves en su trato. En cuanto a los juegos, a los varones se les seleccionan los vinculados al desarrollo de la habilidad física e intelectual; no se busca que desarrollen la ternura o el cuidado de otros; en general, se pretende que no manifiesten emociones, sino que las sepan controlar. A la mujer se le eligen juguetes asociados a lo doméstico, promoviendo un juego más estereotipado y estático. Estos son sólo algunos ejemplos de la manera en que se van enseñando, promoviendo, controlando y sancionando los roles sociales de hombres y mujeres en el contexto familiar.

Paternidad/maternidad.

Litton, Bruce y Combs (2000) definen a un buen padre como aquel varón que es proveedor, protector y cuidador junto con la madre. Si antes se esperaba que el padre fuera proveedor económico, ahora se espera que también suministre cuidados físicos y emocionales al niño y sea un compañero activo de la madre en su crianza. En tanto que la maternidad se ha visualizado como algo natural, biológico, universal y propio de las mujeres. Como hemos mencionado, el ser madre o ser padre está conformado y significado por una serie de mitos en torno a las figuras mismas, funciones y roles que representan.

Tradicionalmente la familia ha sido considerada como un ámbito de reproducción de relaciones sociales, centrando la autoridad en los adultos, generalmente el padre, quien establece las normas a seguir en los espacios de vida. Lo anterior no significa que actualmente la situación sea distinta, todavía son muchas las mujeres quienes juegan un doble papel: al tener que cuidar tanto del hogar y de los hijos como el de trabajar para sostener a su familia, aun y cuando en algunos ámbitos se hayan empezado a establecer juegos de roles diferentes a los tradicionales.

No obstante pude hablar de cambios en las relaciones entre los géneros e intragéneros, los cuales han producido efectos en las estructuras familiares. Schmukler (1996) refiere que la legitimidad de la jerarquía está asociada históricamente al padre, en la medida que era el que tenía la facilidad de entrada y salida al mundo público, de manejar los instrumentos de dominio del mismo y de generar recursos que le permitían ser el principal proveedor del hogar. Las tareas al interior del hogar asociadas con dicho mundo son también las más prestigiadas, por lo que las tareas emocionales, de cuidado y crianza de los niños se "invisibilizan" y desvalorizan en la medida en que no son reconocidas en el mundo de intercambio material. Sin embargo, no hay que olvidar que el proceso de socialización no se limita únicamente a la relación con el padre y la madre, sino que como lo menciona Farran (1982) a la familia extensa, a los hermanos y hermanas, entre otros, quienes socializan a los niños y a las niñas a través de la interacción cotidiana con ellos.

La paternidad es un proceso de relación en donde se va construyendo y reconstruyendo la identidad como persona tanto del padre como del

hijo, a través de un aprendizaje mutuo, donde se van replanteando las maneras de ver y vivir la realidad (Figueroa, 1996). En ella surgen relaciones *posibles* que pueden darse entre un progenitor y sus hijos e hijas, no sólo biológicos, sino también a aquellos padres adoptivos ó simbólicos que podrían establecer una relación de afecto, cuidado, conducción, sostén económico, juego y diversión con un niño o una niña que se va formando como persona, y una de las posibles acciones de los padres es crear un entorno para que esas personas, hijos e hijas, avancen en su independencia y autonomía. En este sentido se podría señalar que la paternidad es una vivencia que está conformada por varios aspectos: 1) proveer un ambiente adecuado para que el niño se desarrolle como persona, 2) educación del hijo(a), 3) mantenimiento de los hijos, 4) relaciones de juego y diversión, 5) relaciones de afecto, 6) cuidado, 7) guía, y 8) replanteamiento del propio ejercicio como padre, entre otras (Figueroa, 1996). Todo esto enmarcado dentro de un contexto social y cultural, donde los cambios generacionales y los diferentes momentos de vida de los varones y de los hijos e hijas van estableciendo ritmos y formas de participación distinta en el ejercicio de la paternidad.

Yablonsky (1993) presenta algunas consideraciones sobre los cambios, ajustes y dificultades que los hombres van teniendo en la relación con sus hijos o hijas conforme van creciendo y desarrollado. Los padres pueden de alguna forma regular la conducta del niño o la niña en edades tempranas, arreglando el medio ambiente físico y familiar para fomentar la exploración, el interés por algunos juguetes, la lectura de libros y la participación en juegos conjuntos. Estas actividades entre ambos influyen en su desarrollo social y cognoscitivo, lo cual permite observar la relación padre niño(a) como un proceso bidireccional en el cual el niño(a) influye al padre, así como el padre influye al niño o a la niña. Los niños(as) no son personas pasivas que únicamente reciben la estimulación proporcionada por los padres, sino que ellos directamente influyen en las formas en que sus padres los tratan y por lo tanto contribuyen en su forma de socialización (Belsky, 1979; 1981; 1984).

Es por esto que podemos decir que los padres influyen en sus hijos, pero también los

hombres se ven influenciados por la paternidad.

Generalmente el ser padre cambia la forma de pensar de ellos mismos, les ayuda a clarificar sus valores y a establecer sus prioridades, fortalece su autoestima recalcando sus deberes y responsabilidades, o incluso puede hacer evidente sus limitaciones y debilidades. Al respecto, Parke (1996) señala que una de las primeras cosas que el padre aprende de su hijo es que sus necesidades se relacionan con las de él. Los padres dan instrucciones y el niño lo ve como un modelo a través del cual él va construyendo su identidad como persona. Ambos, padre e hijo, aprenden mutuamente al replantearse constantemente formas de ver y de vivir la realidad. La identidad de los niños y niñas se forma de una manera sana cuando tienen una imagen adecuada de ambos géneros. Porque tanto el padre como la madre aportan características de personalidad y carácter, así como formas de enfocar la educación y los problemas; contribuyen asimismo con cualidades, modelos de comportamiento, identidad sexual, aceptación y relación con el sexo opuesto, todo lo cual constituye algo sumamente valioso.

Por otro lado, las madres tienen un importante rol en el ejercicio de la paternidad de los varones, ya que ellas limitan o permiten que ellos se involucren en la crianza, tanto de hijos como de hijas, en la mayoría de los casos la madre limita el ejercicio de la paternidad con sus hijas, por ese mismo cuidado que se mencionaba anteriormente; y por otro lado empuja al varón a que lleve al hijo al ámbito público, que lo enseñe y lo entrene a desarrollarse adecuadamente afuera, en lo externo, mientras que a las hijas las cuida en el hogar y ella les enseña lo que corresponde a una mujer, no permite que el padre las lleve al ámbito público, porque en ocasiones también las tiene que cuidar de él mismo, puesto que también él es hombre. Consideramos que es necesario seguir ahondando en este tema e ir rescatando y mostrando la forma en la que se va construyendo las formas de educar a niños y niñas, y como esto genera diferencias en el desarrollo psicológico y social de mujeres y hombres.

La participación de los hombres en la crianza de los hijos no solo beneficia a los niños en su desarrollo, sino que establece las bases para que en las familias se eduque a los hijos e hijas de tal manera que integren a su identidad la masculinidad y la paternidad a través del contacto

directo, la relación con los hijos e hijas y la cooperación total con la madre.

Doherty, Kouneski y Ericsson (1998) apuntan que el término “responsable” sugiere un *deber ser*, una serie de normas deseables para evaluar la conducta del padre. También conlleva un significado moral (correcto o erróneo) porque sugiere que algunos padres pueden ser juzgados como irresponsables. Una persona es responsable cuando incluye, en los motivos de su comportamiento, la previsión de los efectos posibles del comportamiento mismo. La responsabilidad en la crianza hace referencia a que los padres incluyan en los motivos de su comportamiento la previsión de los efectos posibles de su conducta sobre el desarrollo integral óptimo de sus hijos. La responsabilidad en la crianza es la obligación de los padres de dar cuenta de las consecuencias de su comportamiento sobre el proceso de desarrollo de los hijos.

Se ha documentado (Fuller, 2000; Olavarría, 2000; Torres, 2002) que tradicionalmente los hombres han asumido que la responsabilidad principal de ser padres es trabajar para la manutención económica de la familia y que las funciones relacionadas con la educación y la formación de los hijos es ocupación exclusiva de la madre.

Definición de crianza.

Según el diccionario Larousse, crianza es formar algo de la nada, es instruir, dirigir, educar. Instruir es definido como: enseñar, comunicar sistemáticamente conocimientos o doctrinas y comunicar reglas de conducta. Dirigir es enderezar, llevar rectamente una cosa hacia un término o lugar, aconsejar a una persona. Educar es dirigir, encaminar, desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales de un niño, enseñar los buenos usos de urbanidad y cortesía.

Criar se presenta como sinónimo de instruir, dirigir y educar; y entre las definiciones aparecen tanto términos que suponen una información (comunicar sistemáticamente conocimientos o doctrinas y reglas de conducta), como formación (enderezar, aconsejar a una persona, encaminar, desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales de un niño, enseñar los buenos usos de urbanidad y cortesía).

Podría decirse, entonces, que la crianza es tanto informar como formar; más que repetir

conceptos o dar instrucciones, es ir formando actitudes, valores y conductas en una persona. Es un intercambio en el cual una persona convive con otra, y a través del ejemplo la va formando y se va formando a sí misma. Fernández de Quero (2000) señala que la crianza es el compromiso existencial que adquieren dos personas adultas para cuidar, proteger y educar a una o más crías desde la concepción o adopción hasta la mayoría de edad biopsicosocial.

Ya desde hace tiempo se ha dicho que la sociedad requiere de un equilibrio permanente entre el amor y la autoridad, y entre la solidaridad y la rivalidad, elementos que están presentes en cada uno de los miembros de la familia; son elementos que cuando se descuidan o exageran, o cuando se desconoce el papel que cada miembro de la familia desempeña, ocurren diversos trastornos afectivos en los infantes. Las relaciones afectivas de la infancia condicionan a menudo la vida del adulto, y por ello los padres tienen una gran responsabilidad en el desarrollo psicológico y social de sus hijos, por lo que la intimidad, la autoridad y la educación son factores fundamentales para que una familia pueda desempeñar en forma óptima su función (Alberdi, 1999; Chethik, 2001; Clare, 2002; Connell, 2003).

Finalmente, entre las responsabilidades del ser padre y madre, consideradas relevantes para el desarrollo de los hijos e hijas, se encuentran las siguientes:

Formar. Es necesario considerar que se está modelando una nueva persona, lo que implica que no sólo es transmitir conocimientos sino vida. Dentro de esta formación es necesario cubrir todas las áreas: física, emocional, sexual, espiritual, mental, social, recreativa y familiar. Asimismo, recordar que para los hijos es más fácil aprender lo que observan.

Amar. Es necesario que los padres satisfagan esta necesidad en sus hijos y que los enseñen a amar, no en cuanto sentimiento sino como acción, y que lo muestren con acciones y sean capaces de recibirlo.

Disciplinar. Un aspecto vinculado con el amor es la disciplina. Es necesario comprender que el objetivo de la disciplina es formar, lo que va acorde con la edad y la falta; no es golpear, maltratar, descargar la ira y el enojo del padre. La disciplina no consiste en destruir a una persona sino en formarla.

Dar seguridad. El que los hijos vivan en un ambiente de tranquilidad y paz les ayuda a formarse como personas seguras, con una buena autoestima, lo que les permitirá establecer relaciones sanas y constructivas. Esto no significa la ausencia de conflictos, de crisis –una utopía–, sino que los hijos e hijas puedan saber que están bajo la autoridad de adultos que saben actuar, resolver los conflictos cotidianos y respetar los derechos y diferencias de los miembros de su familia, incluidos ellos.

Estar presentes. Pareciera ser que la amenaza de la paternidad y ahora la maternidad es la distancia. Aunque es más usual que las madres estén más cerca física y emocionalmente de los hijos e hijas, es necesario que los padres varones estén igualmente presentes, que acorten la distancia y que estén en sintonía con todo lo que tiene que ver con aquellos. Es importante insistir en la necesidad que tienen los hijos e hijas de tal contacto.

Dar identidad. Una más de las cosas que los padres y madres proporcionan a sus hijos es la identidad. Es vital para la sobrevivencia emocional y conductual de cada persona saber quién es, lo que resulta muy importante para sus decisiones, actos, conflictos y demás; es lamentable que la mayoría de las personas que forman la sociedad no sepan quiénes son y adopten numerosos papeles sociales buscando su identidad y su lugar en la sociedad en que viven.

Crianza y diferencias de género

Torres (2002) en su estudio realizado con padres, señala que entre los elementos que señalan los varones para la crianza de sus hijos se encuentran:

Proporcionar herramientas para que se desarrollen físicamente.

Propiciar que tengan un desarrollo mental, es decir conocimientos tanto académicos como de sentido común, ya que ellos van a guiar a su familia, van a ser los que trabajen.

Promover que sean responsables, atentos, educados y con alguna creencia.

Favorecer la fuerza, responsabilidad, presencia y virilidad, conceptos asociados con la masculinidad.

Enseñar que no se dejen llevar por los vicios y que respeten a la mujer. El argumento para que respeten a las mujeres es que recuerden siempre que su madre es mujer y por lo tanto hay que hacer

extensivo este respeto a todas las mujeres.

Ahora bien, los aspectos que los varones consideran relevantes en la crianza de hijas (Torres, 2002) se encuentran:

Formarles valores morales, porque ellas son más susceptibles a ser cuestionadas, criticadas por la sociedad cuando no cumplen las normas establecidas.

Enseñarles que sean recatada, discreta, seria y decente para que evite ser despreciada.

Enfatizar la educación sexual.

Formarlas para que se cuiden, se respeten y sean femeninas.

Darles más protección, debido a que ellas son frágiles, sensibles y delicadas.

Un aspecto a considerar es que existe una diferencia entre el discurso y la práctica, en el discurso se habla de igualdad entre la educación de un hijo y de una hija, sin embargo en la práctica se especifica que las mujeres requieren cuidado, protección, atención y que los varones tienen que enfrentarse solos a la vida, por lo tanto se les empuja a realizar retos, a experimentar y, en cierta medida, a ser temerarios. A la mujer se le educa para un buen desempeño en el ámbito privado, como esposa y como madre; al varón se le educa para ser eficiente en el campo profesional, para garantizar el sostenimiento económico de su futura familia.

Es importante considerar que se menciona frecuentemente que la mujer tiene que ser cuidada y este cuidado tiene una connotación hacia la sexualidad, es decir la mujer corre el riesgo de ser lastimada e imposibilitada para tener hijos si juega bruscamente, corre el riesgo de ser violada, ultrajada y esto imposibilita es que se case "bien", es así como con base en la sexualidad que se determinan los juegos, actitudes y actividades que debe hacer una mujer, ya que su honra es la honra de la familia y en especial de los varones de su familia. La niña no debe ser maltratada físicamente porque se verá afectada en su maternidad, pero no importa si es maltratada emocionalmente, el cuidado se requiere para que no sea herida físicamente ni atacada sexualmente; así la mujer tiene que cuidarse y dejarse cuidar, tiene que proteger su sexualidad y de esta forma guardar la honra de los hombres de su casa y por ende de su familia.

Crianza e inequidad de género

Socialmente se ha atribuido que los hombres sean los activos; los de las decisiones; que omitan sus sentimientos; que sean seguros de sí mismos (una seguridad basada en la dominación de los demás); en la relación con las mujeres ellos tienen el papel activo de la conquista amorosa.

En contraste a las mujeres se les ha atribuido la pasividad; las actitudes de espera y atención; ser expresivas en la afectividad; esforzarse cotidianamente, pero sin bullicio; ocuparse en la atención de los demás; esperar en la relación amorosa; toda una serie de actitudes y comportamientos que le dificultan su independencia y autonomía, a nivel afectivo, personal y laboral. Estas atribuciones, basadas en el género, son construcciones sociales y por lo tanto, sujetas a ser cambiadas, desde la crianza.

¿Qué debe enseñar un padre a sus hijos e hijas? Pruet (2001) evidencia en su libro *El rol del padre, la función irremplazable* la importancia del papel que desempeña el padre en el desarrollo físico, cognitivo y emocional de sus hijos e hijas, pues los hombres y mujeres que han tenido una intensa relación con su padre manifiestan una mayor seguridad en sí mismos y un mejor equilibrio emocional. Cline (1998) señala que para formar hijos e hijas seguros de sí mismos, positivos y con una vida dichosa y productiva es necesario consolidar un buen matrimonio, formar la autoimagen y autoestima en los hijos, enseñarles habilidades sociales efectivas, elevar su coeficiente intelectual, educarlos sexualmente, alimentar sus afectos y capacidad de amar, formar su conciencia y valores morales, enseñarlos a ser responsables y proteger su salud mental.

Para ello es indispensable que los padres convivan con sus hijos e hijas. Seidler (2000) indica que el tiempo que un padre pasa con sus hijos e hijas es importante para la calidad de su relación, aunque el tiempo por sí solo no es necesariamente suficiente. Es preciso asimismo que los varones lleguen a entender que, si pretenden tener una relación significativa con sus hijos e hijas, la tienen que forjar día a día y no sólo ocasionalmente.

La enseñanza y la formación de los varones les ofrecen una realización completa, aunque con angustias y temores; les permiten probarse y probar el mundo externo, el dominio y el poder. En contraste, las de las mujeres sólo les hace posible

vivir bajo el amparo y protección de un padre, un marido, un hijo; en fin, siempre de un varón que decida por ella, que la cuide, dirija, le enseñe qué hacer, sentir, pensar, hablar; de un varón, en fin, del que siempre le enseñaron a desconfiar, a temer, a cuidarse y a esperar una traición.

En la familia comienza la enseñanza de que hombres y mujeres no se relacionan, de que no pueden hacerlo porque son diferentes toda vez que piensan y sienten distinto. Pareciera ser que por el hecho de ser biológicamente disímiles (aunque cabe señalar que hay muchas más semejanzas que diferencias), se generan automáticamente diferencias psicológicas y sociales inmutables y permanentes. No se considera que tales diferencias, tal contraposición de hombres y mujeres, es una cuestión cultural más que natural; no se asume que se inician y evidencian en la familia, y que se continúan en cada institución social con la que unos y otras tienen contacto.

Hacia una crianza especial y equitativa.

Propuestas de cambio, retomando a Fernández de Quero (2000).

Que los adultos utilicen conscientemente un lenguaje común para niños y niñas más acorde a la realidad, pues está demostrado que los niños pueden ser dulces y tiernos y las niñas fuertes y traviesas, siempre que se encuentren en un medio adulto que no les reprima.

Que los adultos dejen que los niños expresen sus emociones libremente como quieran, siempre que no implique daños a otros. Que el niño llore, grite, sea tierno, enérgico, tenga miedo, ría, pida ayuda, etc. ofrecerle un abanico de posibilidades emocionales que le serán muy útiles para desenvolverse en la vida y no sentirse reprimido ni coartado.

Que los adultos varones y mujeres, jueguen unidos a todos los juegos que deseen junto con los niños y niñas que estén a su cargo, si ellos y ellas no se separan en juegos diferentes, los niños y las niñas tampoco lo harán.

También que las profesiones y funciones que se presenten sean realizadas siempre por hombres y mujeres juntos, a fin de que aprendan que no hay tareas femeninas y masculinas, sino humanas.

Responder a las iniciativas sexuales y corporales de la infancia sin diferenciar a los niños de las niñas, en los mismos términos elogiosos para ambos, evitando la expresión de estereotipos

sexistas y con una actitud siempre positiva hacia un comportamiento que es positivo en sí mismo. Fomentar juegos de cooperación entre niños y niñas como una materia coeducativa más.

Giddens, A. (1992, citado en la Revista Nexos, febrero de 2002) menciona que para tener relaciones personales puras (fuera y dentro de la familia) es necesaria la democratización de la vida personal, para la cual considera diferentes aspectos:

La autonomía definida como un ejercicio reflexivo de nuestra propia persona, permitiendo la relación igualitaria y el respeto a las capacidades de otros. Un individuo autónomo es capaz de tratar a otros como personas, reconociendo que el desarrollo de sus potencialidades no es una amenaza y poniendo límites personales para el manejo exitoso de sus relaciones. Estos límites son transgredidos cada vez que una persona usa a otra o cuando se establece una codependencia en las relaciones personales.

El respeto. Una condición para la democratización es el respeto por las opiniones y los rasgos personales del otro, en lugar del abuso y la violencia.

La apertura. No se trata de esconder las intenciones reales a la pareja, el revelarse al otro (como medio de comunicación y no de rechazo emocional) es una aspiración inseparable de la interacción democrática.

Los derechos y las obligaciones. El autor considera que el precepto elemental de la democracia política (no hay derechos sin obligaciones) también se aplica a las relaciones personales. Los derechos reducen el poder arbitrario del otro atribuyéndole responsabilidades, mismas que cortan sus privilegios y forman un equilibrio con obligaciones entre ambos.

La concordancia entre la rendición de cuentas, la autoridad y la confianza. La confianza sin rendición de cuentas se torna en dependencia y la rendición de cuentas sin confianza permite una continua indagación de las razones y acciones del otro. El autor menciona que la confianza en el otro es un "crédito" convenido que no requiere de una auditoría continua, sino que si es necesario se abre a la revisión periódicamente. Ser identificado como alguien confiable significa reconocer la integridad personal en un ámbito de igualdad; la

integridad significa declarar por qué motivo se cometió cierta acción si a uno le piden que lo haga, o significa tener buenos motivos por haber realizado alguna acción que afecte la vida del otro. En las relaciones entre adultos, la autoridad existiría como una particularidad, en donde una persona desarrolla capacidades de las que la otra persona carece. En la relación de pareja no se habla de autoridad como en una relación de padres con hijos e hijas.

La democracia entre un padre y un niño o niña pequeños se presenta cuando se percibe que el niño o la niña tienen derecho a ser tratados como personas, cuando las acciones que no pueden negociarse directamente con ellos son justificadas ampliamente, cuando se procura alcanzar el acuerdo y se mantiene la confianza.

Ahora bien, hay que considerar otro medio de enseñanza y formación muy importante, la Escuela. Subirats y Brullet (en Belausteguigoitia y Mingo, 1999) en su investigación encuentran que los jóvenes que supuestamente han recibido una educación igual, siguen adoptando actitudes y conductas distintas, caracterizadas como genéricas, por ejemplo los niños usan más la palabra como forma de imposición frente al entorno, participan en el ámbito de la clase, exponen sus experiencias, ocupan los espacios centrales, moviéndose y gritando si es preciso; las niñas participan menos, trasgreden menos las normas, se mueven en los espacios laterales, usan la palabra para negociar; las autoras reconocen que el sistema educativo no es la única instancia socializadora, ni quizá la más decisiva; la familia, los medios de comunicación y el entorno social siguen produciendo mensajes de diferenciación genérica.

Es cierto que el género, cuando los niños y niñas entran a la escuela, ya ha sido parcialmente adquirido, pero las autoras consideran que la relación escolar puede reforzar su construcción, modificarla o incluso colaborar a desconstruirla, ya que los maestros y maestras imponen las normas que regulan las relaciones en el aula, y por tanto su participación en la construcción del género es activa y no adaptativa.

Estas autoras consideran que transmitir el género masculino y femenino tal y como actualmente se establece, significa dar a los individuos posibilidades no sólo distintas, sino desiguales; es por ello que el sexismo en la

educación, como en otros ámbitos de la vida, es negativo e injusto. Creen que para eliminar el sexismo de la educación se requiere rehacer el sistema de valores y actitudes que se transmiten, repensar los contenidos educativos, rehacer la cultura, reintroduciendo pautas y puntos de vista tradicionalmente elaborados por las mujeres y poniéndolos a la disposición de los niños y de las niñas, sin distinciones. Jordan (en Belausteguigoitia y Mingo, 1999) menciona que el problema de la discriminación de las mujeres no es exclusivo de las escuelas, sino que en ellas se reproduce a nivel micro lo que ocurre en otros niveles de la sociedad, tal como en el campo laboral.

Referencias

- Aguilar, K. (1990). *Padres Positivos*. México: Pax
- Alberdi, I. (1999). *La nueva familia española*. Madrid: Taurus
- Belausteguigoitia, M. y Mingo, A. (1999) (Edits.) *Géneros Prófugos. Feminismo y Educación*. Paidós y UNAM: México.
- Belsky, J. (1979). *Mother-Father-Infant Interaction: A Naturalistic Observational Study*. *Developmental Psychology*, 15, 6, 601-607.
- Belsky, J. (1981). *Early human Experience: A Family Perspective*. *Developmental Psychology*, 17, 1, 3-23.
- Belsky, J. (1984). *The determinants of parenting: A process model*. *Child Development*, 55, 83-96.
- Clare, A. (2002). *Hombres. La masculinidad en crisis*. Taurus: Madrid.
- Cline, V. (1998). *Formar hijos exitosos. El nuevo papel de los padres en la formación de los hijos*. Selector: México.
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. PUEG: México.
- Chethik, N. (2001). *Father loss. How sons of all ages come to terms with the deaths of their dads*. Hyperion: New York.

- Doherty, W., Kouneski, E. and Erickson, M. (1998). "Responsible Fathering: An overview and a conceptual framework". *Journal of Marriage and the family*. Vol. 60, No. 2, 277-292.
- Estrada, L. (1993). *El ciclo vital de la familia*. Ed. Posada: México.
- Farran, D.C. (1982). *Mother-child interaction, language development, and the school performance of Poverty Children*. En: *The language of children reared in poverty implications for evaluation and intervention*. Edited by Feagans L. & Faran, D.C. Academic Press. Cap. 2, 19-48.
- Fernández de Quero, J. (2000). *Hombres sin temor al Cambio*. Amarú: Salamanca.
- Figueroa, J. G. (1996). *Algunas propuestas para la construcción de nuevas paternidades*. Preparado para el Foro: Hacia una nueva paternidad, organizado por el PUEG y la Red de Salud de las Mujeres, y en la Mesa Redonda "Cómo ejerzo mi paternidad" organizada por el Instituto Nacional de Salud Mental.
- Fuller, N. (2000) (Edit.) *Paternidades en América Latina*. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.
- Litton, G., Bruce, C. & Combs, T. (2000). "Parenting expectations and concerns of fathers and mothers of newborn infants". *Family Relations*, Vol. 49 (2), 123-131.
- Olavarria, J. (2000). *Adolescentes/jóvenes: que poco sabemos de ellos*. Red de Masculinidad, Santiago de Chile. En red: <http://206.48.86.4/Seminario/pruebas/artolavar2.htm>
- Parke, R. (1996). *Fatherhood*. Harvard: Harvard University Press.
- Pruett, K., (2001). *El rol del padre. La función irremplazable*. Editorial Vergara: Argentina.
- Revista Nexos. (2002). *La rebelión de la intimidación*. No. 290, Febrero.
- Rodrigo, M. J. y Palacios, J. (1998) (Eds.) *Familia y Desarrollo Humano*. Madrid: Alianza.
- Schmukler, B. (1996). *Familias y relaciones de género en transformación*, Population Council y EDAMEX.
- Seidler, V. (2000). *La sinrazón masculina*. Programa Universitario de Estudios de Género y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Paidós: México.
- Torres, L. (2002). *Ejercicio de la Paternidad en la Crianza de hijos e hijas*. Tesis Doctoral. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Torres, L. E., Garrido, A. y Reyes, A. (2000). *Descripción de tres rubros que influyen en la relación familiar*. 6° Encuentro Nacional de Investigadores sobre Familia. Universidad Autónoma de Tlaxcala. 227-239.
- Torres, L. E., Salguero, A. y Garrido, A. (1998). *Estructuras familiares: Un estudio comparativo*. *Revista Alternativas en Psicología* Año III (5), Junio a Agosto, 8-13.
- Urbina, S., Riera, B., Ortega, J. L. y Gubert, S. (2002). *El rol de la figura femenina en los videojuegos*. *EduTec Revista Electrónica de Tecnología Educativa* No. 15, Mayo. <http://edutec.rediris.es/Revelec2/revelec15/Santos.htm>
- Yablonsky, L. (1990). *Padre e hijo. La más desafiante de las relaciones familiares*. Manual Moderno: México.